

Præponitur sabbato dies dominicus, fide resurrectionis. S. August. Ep. 18 ad Casulan.

Domini resurrectio promisit nobis æternum diem, et conservavit nobis dominicum diem, qui vocatur Dominicus; nam ipse videtur proprie ad Dominum pertinere, quia eo die Dominus resurrexit. Idem, Serm. 13 de verb. Apóstol.

Melius tota die foderent, quam tota die saltarent in festis. Idem, in Psalm. 52.

Dominico die à terreno labore cessandum, et precibus insistendum est; ut si quid negligentiae per sex dies agitur, per diem resurrectionis dominicæ precibus expiatur. S. Greg. lib. 2, epist. 3.

Diem dominicam, ob venerabilem resurrectionem Christi, non solum in Pascha celebramus; verum etiam per singulas hebdomadas, imaginem ipsius Dei frequentamus. Innocent. Pap. Epist. 1 ad Decent., cap. 4.

Moneat episcopus populum diligenter teneri unumquemque parochiæ suæ interesse, die dominica, ad audiendum verbum Dei. Conc. Trident. Sess. de Reform. cap. 4.

Véase FIESTAS.

El domingo fué preferido al sábado en memoria del gran misterio de la resurreccion del Salvador.

La resurreccion del Señor fué para nosotros la promesa de un dia sin fin, y santificó este dia del Señor, que se llama domingo: ningún otro dia pertenece con tanta propiedad al Señor como éste, en el cual coincidió su resurreccion.

Ménos mal harian (los cristianos) si trabajasen en el campo, que si bailaran en los dias festivos.

En el dia de domingo debemos descansar de todo trabajo temporal para dedicarnos á la oracion, á fin de que en este dia del Señor, podamos borrar con nuestras peticiones todas las omisiones y fragilidades, que hubiésemos cometido en los otros seis dias.

No solo celebramos el domingo en la Pascua en memoria de la santa resurreccion de Jesucristo, sino que todas las semanas volvemos á celebrarlo, para recordar con frecuencia este monumento de la gloria de Dios.

Advierta el obispo á los fieles la obligacion que tiene cada uno de asistir los domingos á su propia parroquia, para oír la palabra de Dios.

DONCELLAS.

Mulier innupta, et virgo, cogitat quæ Domini sunt; ut sit sancta corpore et spiritu.

La mujer no casada, y una virgen, piensa en las cosas de Dios, para ser santa en cuerpo y alma.

(1 EPH. VII, 34.)

Nuestros cuerpos son templos de Dios, consagrados por la unción del Espíritu Santo, que se derramó sobre nosotros en el bautismo; y están separados de todo uso profano con la indeleble señal que imprimió en nosotros el sello de la salud. Por eso la Iglesia mira á los cuerpos de los fieles, despues de su muerte, como preciosas reliquias, como templos animados por el espíritu invisible que reside en ellos, y así los coloca en un lugar santo, los rodea de luz, les tributa públicos honores, y manda que se quemem delante de ellos preciosos perfumes, y el humo de los inciensos. Todo cristiano, pues, está obligado á respetar su propio cuerpo, á poseerle con honor; y el que lo deshonor, es profanador y sacrilego.

Pero si la sumision de la carne al espíritu es una obligacion comun á todos los fieles, la entera consagracion de nuestro cuerpo á Jesucristo es el mas excelente sacrificio. Felices las almas que, renunciando aún los más licitos placeres, consagran á Dios su cuerpo, sus sentidos y su corazon. Hermanas mias; no es mi ánimo detenerme esta mañana, en la explanacion de las ventajas y provecho que reportan las doncellas que consagran su virginidad á Jesucristo; mi objeto es hacer de ellos solamente una somera indicacion. Imploramos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Nada mas bello á los ojos del Señor, que el alma desprendida de todo goce corporal. La doncella dedicada á Dios, adquiere á sus divinos ojos una belleza solo comparable con la de los ángeles del cielo: *Erunt sicut angeli Dei in caelo* (MATT. XXII, 33). Además, la doncella que abandona el mundo para darse completamente al amor de Jesucristo, viene á constituirse en esposa del mismo Jesucristo. Complácese el Redentor en llamarse en el Evangelio, unas veces

Padre, otras Maestro, otras Pastor de las almas, mas, con respecto á las vírgenes, hácese llamar Esposo: *Exierunt obvian sponso*, (MATTH. XXV, 4). La doncella prudente, que intenta mudar de estado en el mundo, procura averiguar con exactitud, cual de los pretendientes á su mano prevalezca sobre los demás en nacimiento y bienes de fortuna. Informémonos, pues, con la Esposa de los Cantares, que bien conocidas tiene las dotes de su divino Esposo, acerca de sus cualidades. Dime, esposa sagrada, ¿quién es ese tu amado que, entre todas las mujeres, te hace la más feliz? *Dilectus meus*, responde, *candidus et rubicundus, electus ex millibus* (CANT. V, 10). Mi amado, dice ella, es cándido por la pureza, y rubicundo por el fuego de su amor, y, en una palabra, su belleza, su nobleza y su afabilidad le constituyen el más amable de los hombres.

Las esposas de Jesucristo que, movidas de su amor, abandonan el mundo, se atraen la predilección de Jesucristo. Llámase las primicias del Cordero: *Primitiæ Deo et agno* (APOC. XIV, 4). ¿Y por qué razón se llaman primicias? Porque así como los frutos primerizos son más gratos al paladar que los tardíos, de la misma manera, las vírgenes son más amadas de Dios que las demás personas. El esposo se nutre entre azucenas: *Qui pascitur inter lilia* (CANT. II, 16). ¿Y quiénes vienen á ser esas azucenas, sino aquellas doncellas piadosas que entregaron su virginidad á Jesucristo?

¿Quién es capaz de comprender, acá en la tierra, el cúmulo de gloria que el Señor tiene reservado en el paraíso para sus vírgenes esposas? Dicen los doctores, que las vírgenes ostentan en el cielo una auréola particular, que viene á ser como una corona ó gloria especial, de que carecen las demás santas que no fueron vírgenes. Pero contraigámonos al punto más importante del presente discurso. Dirá tal vez alguna doncella: Y por ventura, si llego á casarme, ¿deberé renunciar á mi santificación? Si bien la mujer casada puede santificarse en cuanto al espíritu, de modo alguno se santificará respecto al cuerpo; lo contrario ocurre con las vírgenes perfectas, las cuales se santifican en el alma y en el cuerpo, pues consagraron á Jesucristo su virginidad: *Sancta corpore et spiritu*. Y notad además esotras palabras: *Quod facultatem præbeat sine impedimento Dominum obsecrandi*. ¡Oh! y qué de obstáculos no hallan las pobres casadas en la vía de la santificación! Y cuanto más elevada fuere su condición, mayores serán los impedimentos que se crucen. Para que la mujer emprenda el camino de la santidad, fuerza es que agencie los medios oportunos, y señaladamente, que haga mucha oración mental, que frecuente los sacramentos, que traiga continuamente su pensamiento puesto en

Dios. Empero ¿de qué tiempo puede disponer la mujer casada para emplearlo en el pensamiento de las cosas de Dios? El marido urge para ser servido, los hijos ó lloran, ó gritan, ó se rebullen. Y andad luego á recogeros para poneros en oración, en medio de tan encontrados y revueltos pensamientos! Apenas le será dado ir á la iglesia para recogerse y comulgar cada domingo. Quedará en buen hora con los buenos deseos de su corazón, pero difícilísimamente podrá atender como es debido á las cosas de Dios.

Y ¡pluguiese al cielo, que los únicos males que afligiesen á las pobres casadas se ciñeran á la imposibilidad de dedicarse á la devoción! Harto mayor mal es el continuo é inminente riesgo de perder la gracia de Dios, á que se hallan abocadas, con el perenne trato familiar de cuñados, y deudos, y amigos del marido, ya en la propia morada, ya en las casas ajenas. Estos males no llegan á sospecharlos las doncellas, pero sobrado los comprenden las casadas, que en tales riesgos diariamente andan envueltas, no ménos que los directores que las oyen en confesión. Ved ahí la envidiable suerte que andan buscando las doncellas que siguen los impulsos del mundo.

Verdadera dicha, pues, es la de aquellas doncellas, que se consagran á Jesucristo. Ellas no están expuestas á los peligros en que necesariamente se arriesgan las casadas. Además, á las doncellas no atormentan los cuidados domésticos, ni los de los hijos, ó del marido; sus pensamientos y cuidados se cifran en agradar á Jesucristo, á quien consagraron su alma, su cuerpo y todo su amor. Y de ahí resulta, que estando su espíritu más desahogado para ocuparse de Dios, disponen de mayor espacio de tiempo para darse á la oración y frecuentar los sacramentos.

2 Pero oigamos ahora las excusas que alegan ciertas doncellas de gran tibieza en el amor de Jesucristo. Dice la precitada: Yo muy de buena voluntad abandonaría el mundo, cómo pudiese entrar en un convento, ó me fuere al ménos posible ir á la iglesia, cuando me ocurriese practicar mis devociones; pero en casa no hay que pensar en ello, porque mis hermanos son de pésima condición y me desazonan de continuo, y mis padres, por otra parte, no permiten que vaya á la iglesia. Y pregunto yo ahora: ¿Quieres dejar el mundo para entrar á gozar de una vida regalona, ó bien para alcanzar tu santificación? ¿Por satisfacer tu propia voluntad, ó la de Jesucristo? Si te propones abandonar el mundo para santificarte y complacer á Jesucristo, te hago esotra pregunta: dime, ¿en qué consiste la santificación? No consiste por cierto en morar en un convento, ni en pasar todo el día en la iglesia, sino en acudir á la oración y á la comunión cuando se

pueda; en obedecer, en poner mano á los quehaceres de la casa, en llevar vida retirada, en sufrir con paciencia las fatigas y los menoscabos. ¿Piensas, acaso, que en el convento gastarás el día entero entre el coro y la celda, para ir luego al refectorio y despues á paseo? En el convento hay su tiempo determinado para la oracion, la misa y la comunión; pero, en lo restante del día, las religiosas deben ocuparse en el servicio del monasterio, señaladamente las legas, que como exentas de coro, tienen más faenas que atender, y ménos tiempo para dedicarse á la oracion. Todas claman por el convento. Empero, ¿cuánta mayor proporción para orar y santificarse tienen las doncellas devotas y menesterosas en su propia casa, que no en el convento! Pero, padre mio, en mi casa mis padres me fastidian, mis hermanos me molestan todos á porfía, me tratan mal, de suerte, que esto no es vivir! Enhorabuena. Y, por ventura, si te entregas al mundo ¿no hallarás tambien quién te trate mal? Darás con suegra, cuñadas, hijos insolentes y con el marido. ¡Ah! ¡y qué de malos ratos no se te esperan de parte del marido, que como suelen hacerlo todos, prometen maravillas al principio, y concluyen, al poco tiempo, por convertirse de maridos en tiranos de sus mujeres, á quienes tratan, no ya como compañeras, sino como esclavas! Ea, pues, si Jesucristo os invita con su amor, y os escoge por esposas suyas, regocijaos con la satisfactoria confianza, de que el mismo Señor os prodigará sus consuelos en medio de los sufrimientos.

3. Empero, tales consuelos los recibireis en cuanto vosotras pongais todo vuestro amor en Jesucristo, y vivais como esposas suyas. Oid, por último, los medios de que debeis aprovecharos para vivir como verdaderas esposas de Jesucristo, y progresar en vuestra santificación. No basta para que una virgen se santifique, que conserve intacta su virginidad y se llame esposa de Jesucristo; necesario es, además, que practique las virtudes propias de tal esposa. Consagrado le habeis el cuerpo, fuerza es, pues, que le consagreis tambien el corazón por entero, por manera, que todo él esté dedicado á su amor. Para cuyo efecto menester es, agenciar los medios de hacerse completamente de Jesucristo.

Consiste el primer medio en la oracion mental, en la cual debeis asiduamente ocuparos. Mas no juzgueis que para tener esta oracion sea indispensable vivir en el claustro, ó pasar el día entero en la iglesia. No se me oculta, que en vuestras casas ocurren no pocas veces alborotos y pendencias de parte de las personas que las frecuentan; sin embargo, las jóvenes de buena voluntad bien saben hallar lugar y tiempo para dedicarse á la oracion, como por ejemplo, en ocasion

en que haya quietud en la casa, ó por la mañana, ántes de que se levanten los demás, ó por la noche, cuando todo el mundo haya ido á recogerse. Ni tampoco es necesario estar siempre hincado de rodillas para hacer oracion; la oracion se aviene hasta con las haciendas de la casa; y aún puede tenerse caminando, si no hubiera mejor ocasion para ello; basta elevar el espíritu á Dios, meditando la pasion de Jesucristo ú otro punto devoto.

El segundo medio está en la frecuencia de los sacramentos de confesion y comunión. Para la confesion preciso es que cada cual elija para sí un director espiritual, del cual dependa en todo con cumplida obediencia; de otra suerte, no caminará jamás por la recta via. Por lo que hace á la comunión, no es suficiente depender en este punto de la entera obediencia, menester es, además, desearla y pedirla.

Está cifrado el tercer medio en el retiro y la cautela. La doncella que piense mantenerse fiel á Jesucristo, en medio de los devaneos y vanidades del mundo, quiere un imposible; preciso es para ello que se conserve entre las espinas de las abstinencias y mortificaciones, que use no solo de la mayor reserva y modestia en el trato y vista de los hombres, sino tambien que eche mano de la severidad y aún de la grosería, cuando el caso lo exigiere: esas son las espinas que conservan á las azucenas, quiero decir, á las vírgenes; de otra suerte presto caerán en perdicion.

El cuarto medio apto para conservar la pureza, consiste en la mortificación de los sentidos. La doncella que tenga en precio su pureza, debe ser honesta en las palabras, razonando con modestia, y evitando las conversaciones con los hombres, á no exigirlo la necesidad; y en este caso, gastará pocas palabras: honesta en los oídos, apartándolos de todo discurso mundano: honesta en los ojos, manteniéndolos ó cerrados ó fijos en el suelo, al hallarse en presencia de los hombres, y muy especialmente honesta en el espíritu, procurando resistir á los pensamientos impuros, acudiendo al efecto sin demora al amparo de Jesús y de María. A este fin cumple que mortifique su cuerpo con ayunos, abstinencias, disciplinas y cilicios; cuyas mortificaciones, empero, no debe emprender sin prévio dictámen del confesor.

Para obtener, finalmente, hermanas mias, la gracia de la perseverancia en la vida santificante, menester es que os encomendeis con frecuencia y fervor á la Reina de las vírgenes, María Santísima, que como medianera en los tratos y conclusion de estos sponsales, conduce á las vírgenes á desposarse con su Hijo: *Adducentur virgines post eam* (Ps. XLIV, 15); y obtiene para las esposas escogidas el pre-

mio de la fidelidad; pues, sin el auxilio de María, todas ellas serian esposas infieles.

Ea pues, vosotras las que anhelais por no ser del mundo, sino de Jesucristo, dadle gracias por la merced que os hace de atraeros á su amor, y ofreceos enteramente á su servicio en esta vida. Decidle con todo afecto: ¡Oh Jesús, Dios y Redentor mio, que quisisteis morir por mi amor! permitid que ose invocaros tambien con el nombre de Esposo; pues á tanto me atrevo, al ver que vos me llamais á tanta honra; por cuyo beneficio no sé como daros las debidas gracias. Aceptad, por un efecto de vuestra misericordia, el don que os hago de mi persona, y no le desecheis conforme exigieran mis merecimientos. Olvidad las ofensas que en las pasadas épocas contra vos he cometido, de ellas me arrepiento con toda mi alma; ojalá hubiese perecido ántes de cometerlas! Perdonad mis culpas, inflamad mi corazon con vuestro amor, concededme vuestro auxilio, para que me conserve fiel á vos, y tenga la dicha de bendeciros eternamente en el cielo.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

DONCELLAS.—Su pudor debe atraerles el respeto de las personas que se les acercan.

Su fragilidad debe hacerles amar la severidad en las personas que han de vigilarlas.

Su prudencia debe darles autoridad sobre las personas que las pretenden.

DONCELLAS.—Su buena ó mala vida depende de su buena ó mala educacion.

Su conducta se puede regularizar más ó ménos fácilmente, segun que se hayan aficionado más ó ménos al mundo.

DONCELLAS, véase: MUJER CONSIDERADA COMO DONCELLA Y VIRGINIDAD.

DONES DEL ESPÍRITU SANTO.

Repleti sunt omnes Spiritu Sancto.

Todos fueron llenos del Espíritu Santo.

(Act. II, 4.)

El Salvador del mundo despues de haber revelado á los hombres los más altos misterios; despues de haber hecho resonar en las sinagogas verdades inauditas, superiores á las máximas de todos los legisladores y reformadores más célebres; enseñado la más pura moral y la doctrina más sublime: dado el ejemplo de todas las virtudes las más eminentes, las más heróicas; y probado su amor á los hombres, hasta morir en una cruz para reconciliarlos con Dios su Padre; despues de haber instituido su sacrificio, fundado su sacerdocio, determinado su jerarquía, y establecido sus sacramentos; cuando, en fin, hubo consumado todas las funciones de su ministerio, en el momento en que iba á dejar la tierra para restituirse á su pátria, prometió á sus Apóstoles enviarles el Espíritu Santo para que les enseñara toda verdad. Lo que habia prometido, lo ejecutó el décimo dia despues de la Ascension. El Espíritu Santo descendió de lo mas alto de los cielos, animó á los Apóstoles con su virtud divina, y los convirtió en hombres del todo nuevos, llenos de luces, de amor de Dios, de celo, de fortaleza, hasta el punto de que sus mayores adversarios se veian obligados á admirar su constancia y su firmeza. ¡Qué maravilla, ver á esos hombres, ántes tan ignorantes, tan groseros, incapaces de comprender las cosas mas sencillas, convertidos, en un momento, en hombres llenos de inteligencia y de luces, anunciar lo que hay de más profundo en las Escrituras, de más oscuro en las profecías, de más elevado en los misterios, y hacerse de improviso otros tantos oráculos divinos, que instruyen á todo el universo! ¡Qué espectáculo tan bello y encantador ver á esos hombres tan débiles, que no tuvieron valor para confesar á Jesucristo al tiempo de su Pasion, publicar con valentía la gloria de su nombre delante de los magistrados, de los grandes y de los príncipes de la tierra, sin que pudiesen imponerles silencio!

Pero no creais, hermanos míos, que los Apóstoles recibieron solamente para ellos el Espíritu Santo; le recibieron tambien para todos